

Esther y la marquesa de La Carte.

Almorzaba yo en casa de Julio Janin , con Chaix d'Estange y Chaudes-Aigues. La marquesa de La Carte presidía, en un delicioso *des-habillé* matinal, con una bata entreabierta y sin ajustar, y suelto el cabello. Había que añadir el placer de verla al de participar del frugal banquete servido en casa del príncipe de los críticos. La Marquesa se hallaba en todo el esplendor de su belleza ; estaba en los últimos días de su primera juventud ; era como un hermoso melocotón maduro que aún no se ha desprendido de la rama.

La doncella anunció que una señorita preguntaba por M. Julio Janin.

—Basta de señoritas,—dijo la Marquesa.

—¿ Su nombre ?—preguntó aquél.

—Mlle. Esther.

—¿ La pequeña salvaje que representó la *Vandeana* ?

—Sí,—dijo Chaudes-Aigues.

—No tiene condiciones,—continuó Janin.

—Ha debutado en el Teatro Francés con el papel de Camila.

—¿Qué Camila es esa?—preguntó sorprendida la Marquesa.

Janin miró á la Marquesa, y se echó á reír.

—¡Camila en el subterráneo!, porque estoy bien seguro de que no habría nadie en la necrópolis.

Esther apareció en el dintel de la puerta.

—Entre V., hija mía.

La pequeña salvaje, según la habían llamado, con su rebelde cabellera, sus ojos brillantes, su altiva cabeza bien colocada sobre su flexible cuello, con la bizarra apostura de su cuerpo, el cual no dejaba adivinar nada de lo que caracteriza físicamente á la mujer, se adelantó hacia Janin. No se advertía en ella ninguna de esas coquetearías del arte de vestir. En el Temple no hubieran dado un napoleón por su traje verde, su chal rojizo y su sombrero un tanto usado.

Me fijé en su mano, que era muy bonita, y que oprimía un solo guante para las dos manos.

—Y bien (dijo Julio Janin); ¿qué es lo que pasó ayer? Siéntese V. cerca de mí.

—Sí, señor; pero V. no me conoce. Nuestro director me ha aconsejado que le viniera á ver. Yo soy la que representó la *Vandeana* en el Gimnasio.

—Ya lo sabía,—respondió Julio Janin, riéndose.

Es cosa sabida que Janin se reía por todo.

Esther, considerando sin duda que no había motivo para reírse, puesto que ella representaba papeles tristes, levantó la cabeza con aire ofendido.

—¡Ah! (murmuró con malicia); no he estudiado en la escuela de V.

—¡Y bien! Mlle. Esther, nosotros iremos á la suya, asistiendo á su segundo debut en Roxana; iremos todos, hasta la Marquesa.

El crítico hizo la presentación con toda ceremonia; después invitó á Esther á sentarse á la mesa, y le ofreció el más hermoso racimo de uvas del frutero.

Un sentimiento filial se manifestó en aquella, antes de tomar el racimo.

—¡Dios mío! (exclamó); me olvidaba de mi madre.

Y se levantó para dirigirse á la antecámara; pero antes de hacerlo así, se volvió hacia Janin.

—¿Puede pasar mi madre, caballero?

—Ciertamente.

Esther condujo á su madre al comedor.

—¿No es verdad que mi hermanita podrá entrar también?—preguntó de nuevo Esther.

—Sin duda alguna.

La Marquesa pensó que quizás la joven ha-

bría llevado también su perro y su cotorra; pero puso buena cara á las recién llegadas.

Aunque la madre no iba vestida como una duquesa, nos sorprendió por su belleza digna y tranquila. Era el carácter israelita en toda su majestad. No parece sino que el Dios de Jesús ha perdonado á las mujeres y no á los hombres. Éstos han conservado siempre el tipo del judío errante, mientras que las mujeres han sido iluminadas por el rayo de la gracia cristiana.

La hermanita era Lili, que vino á saltar sobre las rodillas de su hermana. La señora Bonheur se quedó en pié, rehusando sentarse. Aquella mujer, que estaba tan lejos de poseer una elocuencia literaria, habló de su hija Esther y de sus otras hijas de una manera encantadora. Refirió que todas ellas se entretenían en convertir la casa en un pequeño conservatorio. Después añadió que con la protección de M. Julio Janin, tenía la seguridad de que al fin la fortuna llamaría á la puerta de aquella familia, que había atravesado por todos los peligros y privaciones de la miseria.

Habló tan bien, que Julio Janin abrazó á Lili.

—Ese abrazo te traerá la felicidad (dijo Esther); Víctor Hugo me abrazó también cuando era pequeña.

—¡Víctor Hugo! (exclamó Julio Janin.) ¡Y bien! algún día representará V. *Doña Sol*.

—Quizás; pero los versos de Hugo no me entusiasman tanto como los de Corneille.

Janin era, al mismo tiempo, *hugólatra* y *anti-hugólotra*.

—Tiene razón (dijo). Es menester haber nacido en Hugo ó en Corneille.

Esther nos refirió su vida en algunas palabras.

—Debuté en Lyon en 1830....

—¡Cómo! ¿nació V. en 1821 y debutó en 1830? Esther sonrió.

—¡Oh! el príncipe de los críticos no asistía á mis estrenos. Yo cantaba algunas canciones, pero de una simple canción hacía toda una comedia, pues cambiaba de voz y de rostro para representar todos los personajes.

En seguida refirió todas sus peregrinaciones por París, sus representaciones en la Plaza Real, en donde Víctor Hugo la había abrazado. Recordó la bondad de su madre en los días de tristeza. Habló, en fin, de aquella voz secreta que le decía, cuando el desaliento la embargaba: «¡Niña, tú serás reina!»

—¡Pues bien! (dijo Janin); ya que representa V. el sábado, nosotros estaremos en primera fila. Es menester que tanto valor no se gaste inútilmente; puesto que tiene V. tanta confianza en sí misma, es que, efectivamente, existe algo en V. No he olvidado la *Vandeana*.

Se levantó la sesión ; Mlle. Esther dijo á Janin :

—Abráceme V.

—Con todo mi corazón.

Pero en seguida se detuvo.

—No; la abrazaré á V. la marquesa, que comunica la felicidad.

Esther presentó su frente á la marquesa de La Carte, que la estrechó entre sus brazos con el mayor gusto.

Esther no le parecía de las mujeres que pueden inspirar celos ; era que no se figuraba que bien pronto se revelaría la mujer bajo la artista con toda su gracia y soberano encanto.

Nos dimos cita para el sábado. Todo el mundo estuvo en su puesto.

El teatro estaba casi desierto; la Marquesa ocupaba el gran palco del frente : Julio Janin quiso estar en las butacas de orquesta.

Yo había llevado conmigo á dos de mis amigos, á los que con gran trabajo pude retener hasta el tercer acto. Subí al palco de la Marquesa, que no era tampoco muy entusiasta. Julio Janin se exaltó en frío, por decirlo así; pero llegó un momento en que todo el mundo se sintió arrastrado por el entusiasmo. Antes reinaba sólo la melancolía, después aplaudió todo el mundo. La escena de amor del segundo acto había enfriado á los admiradores; pero al verla subir al

trípode de los dioses, Janin se sintió transportado.

—Vean Vds. cómo obedece al tumulto de sus pasiones. Tiene miedo de sí misma; su cólera la arrastra hasta la impiedad. Mírenla Vds., con todos los sentimientos, con la ironía y la violencia que puede contener un alma ulirajada, un corazón mortalmente herido, estallando en lamentos que llegan hasta la blasfemia :

¡ Que la celeste cólera
Sobre ella vierta diluvio de fuego !

Hasta mi último instante escucharé aquel acento terrible y veré aquellas lágrimas santas. Al principio os causa temor, porque ella le siente. Lo mismo que la Pitonisa, es necesario llevarla al trípode. Llega vacilante, pálida, temerosa, anhelante ; tiembla , siente frío , se turba, quiere huir ; pero su dios la anima. *¡ Deus ecce Deus !* Entonces, aquella naturaleza aniquilada se levanta de nuevo y se reanima ; el fuego de su alma se comunica á su mirada ; el corazón late violentamente en su dilatado pecho ; su voz es potente é irresistible ; aquella hija de los Gracos nos hace conocer mil bellezas inesperadas. ¡ Qué grande se nos muestra ! ¡ Qué poseída ! ¡ Qué fiebre del genio ! No hay nada más grandioso que aquella Camila indomable. Es la sacerdoti-

sa, y en ella hay un volcán. Su pié golpea impaciente. Aquella imprecación de Camila es la primera revelación de Esther. Cuando empieza á desencadenarse en el pecho de aquella mujer, llena de desesperación, la cólera impetuosa que al fin ha de producir el trueno y el rayo, se queda uno espantado. Camila, ardiendo en el suplicio, se habla á sí misma una lengua extraña y desconocida; pero en la profunda desesperación que contiene todavía, se siente rugir; es la tempestad que oculta en la sombra el rayo.

Julio Janin había ido también hasta el *foyer*; allí encontró á Merle, Rolle y algunos otros Aristarcos, frase de aquellos tiempos, y les habló de Esther como de un hallazgo inesperado.

Todos le respondieron con una carcajada. Era que para aquellos finos inteligentes no había tragedia posible sin la colosal figura de Mlle. Georges ó la de Mad. Paradol. Para ellos aquella niña, que se llamaba Esther, era la tragedia en la infancia.

—¡Y, sin embargo (dijo Julio Janin furioso), esos son los cerdos que descubren las trufas.

La Marquesa fué al escenario, y abrazó á Esther con pasión.

—Mi padre, el barón Bosio (le dijo, delante de los veteranos de entre bastidores), hará de V. la estatua de la Tragedia.

Julio Janin habló mucho y bien en su folletín.

Á la tercera representación de *Bayaceto*, la gente se apiñaba á las puertas de la Comedia Francesa. Á la cuarta representación se oía decir por todas partes: «¡Seis mil francos de entrada!»

Esto era alguna cosa; pero no era todo. Los ramos de flores inundaron la escena; se llamó á Esther, se la llama todavía, la primera trágica del siglo.

Aquellos que habían sido injustos con ella, conocieron su error. Julio Janin la estrechó entre sus brazos, y le arrancó lágrimas de alegría. Prevost, que la había reconocido, quiso también abrazarla.

En aquel momento le llevaron las flores que habían arrojado á su naciente gloria. Esther se las señaló al gran actor, diciéndole:

—V. me aconsejó que vendiera flores. Ahí están; ¿quiere V. comprármelas?

Todos los triunfos de Esther datan de aquella noche. Sucede á las veces que la crítica se impone á la opinión. Esta vez fué la opinión la que se impuso á la crítica, mejor dicho, fué Esther quien se impuso á las dos, por la imperiosa autoridad y el encanto de su talento.

Quisieron rebelarse algunas veces, oponiéndole trágicas de ocasión; pero ella podía desafiarlas á todas por su voz, por sus ojos, por su actitud, como Juno desafiaba á los dioses y semidioses.